

Review / Reseña

Pesado de Mier, Isabel. *Apuntes de viaje a México a Europa en los años de 1870-1871 y 1872*, estudio preliminar de Assia Mohssine. México: Libros UNAM, 2022. 546 pp.

Roberto Domínguez Cáceres

Tecnológico de Monterrey

En el estudio preliminar que abre el volumen dedicado a Isabel Pesado de Mier—investigadora, historiadora, maestra y detective literaria—Assia Mohssine, explica las aportaciones al género de este tipo de relatos de una escritura de viaje como Pesado. En las primeras líneas advierte también cuál es el punto de novedad de esta edición: estudiar la narrativa de viajes poniendo el énfasis en la clave del género promueve una comprensión dialógica de la escritura como autorrepresentación y como comentario al contexto en donde se origina. La investigadora problematiza el estado emocional de la escritora que “se aprecia en su poemario y en relación del viaje de 1870. El trauma le duraría toda la vida” (15).

Mohssine propone una clave de lectura de los relatos de viaje de las mujeres viajeras: “La crítica feminista ha permitido ciertamente visibilizar y rescatar a las viajeras independientes, excéntricas y trasgresoras del orden patriarcal, encarnaciones modernas de las heroínas épicas, pero no se ha enfrentado al reto de plantear y cuestionar su posible vinculación con el discurso colonial e imperialista” (10). Esta noción nos propone repensar cómo somos hoy los viajeros, qué dicen de nuestros conceptos y prejuicios los relatos que hacemos de nuestros viajes. El estudio del viaje es la constante de los historiadores. *Locus mobile*, el relato del viaje es como un lugar que se mueve con quien lo escribe, lo transporta. La persona que viaje está en constante tensión entre lo que es y conoce, lo que cada uno de sus

sentidos le deja o impide hacer consciente. Isabel Pesado de Mier viaja con su mundo a cuestas,

En estas borregadas, se sirve generalmente una sopa de pan remojado en caldo con sal y pimienta; chanfaina, hecha con la sangre, hígados y otras cosas inferiores del animal y un guisado con pimienta, ajo y cebolla, que llaman fritada. Una jarra de vino circula de mano en mano, y de boca en boca, y renovándola cada vez que concluye, lo que acontece con mucha frecuencia. (126)

No viaja una persona, viaja un modo de ver, de sentirse y de estar en la sociedad que vive y habla desde los estados de ánimo de la viajera.

El estudio de Mohssine destaca la condición de Pesado de Mier como narradora que se concibe a sí misma incompleta por haber perdido a su único hijo, a muy poco de haberlo tenido y para quien tanto la escritura como los viajes serán un modo de paliar esa ausencia. Al estudiar los diarios, la investigadora invita a preguntarse: ¿qué se puede aprender de un viaje?, ¿cómo viajamos?, ¿cuál es el motivo que nos impulsa a viajar? Hoy que los desplazamientos humanos son impulsados por razones como la persecución política, la violencia estructural, la pobreza o la guerra, pensar en los viajes realizados por una aristócrata mexicana del siglo XIX, podría llevarnos a la tentación de creer que todo tiempo pasado fue mejor. Sin embargo, Isabel Pesado de Mier es una viajera contemporánea a un mundo convulso, con marcadas diferencias económicas y de clase que puede comparar estando en México y en Europa. Y es desde esta versión del mundo desde donde ella viaja.

La edición presenta 101 textos, entre relatos, poemas, sonetos, descripciones poéticas y canciones, analizados en el estudio y hace notar que, en cada oportunidad, Pesado de Mier ofrece una personalísima concepción de las costumbres, los objetos, los saberes, los deberes y los quehaceres de una mujer educada en el siglo XIX. Isabel lleva una vida dedicada al acompañamiento y al cuidado de un marido enfermo, que sufre dolencias físicas e incurables. Para ella, viajar y escribir son formas de enfrentarse al destino y resistirse a él. Los viajes de la pareja buscan de un lugar a otro una cura imposible. Es esa búsqueda la que justifica los viajes. Sin embargo, un estudio preliminar y una lectura atenta de los textos parecen indicar que Isabel viaja, pero sin moverse de sí misma. Viaja con ella misma encima y deja claro que las obligaciones de una persona de su condición son una forma de opresión. También nos deja evidencia de que el mundo más allá de nuestra querida patria, México, puede ser un paisaje hostil o extraño, incluso adverso o incomprensible cuando, diríamos hoy, no estamos del todo reconciliados con nosotros mismos.

Isabel Pesado de Mier es una viajera que se parece mucho a quienes hoy reflejan sus estados de ánimo, sus sufrimientos, su desconcierto con la vida, en innumerables fotos de caras felices, de poses repetidas en lugares comunes turísticos. Isabel escribe todo lo que le parece interesante, pero lo filtra desde la visión personal. Esto lo explica el estudio preliminar, ella es una mujer casada, madre sin hijo, esposa discreta, hermana y pariente rica, inmigrante legal y bien avenida, francófila, hija de México, turista de América del Norte, de Europa y extranjera de sí misma. Todo eso se irá abriendo paso en sus descripciones, en sus poemas o sonetos. Estas diferentes dimensiones personajes y el ejercicio de diversos géneros literarios, su manejo del lenguaje, su retórica, su empleo de adjetivos y los recursos de comparación, la hacen una escritora muy rica en recursos. Isabel describe, construye metáforas, parafrasea los relatos de viajes de otros autores combinando sus relatos con los modos comunes de describir los sitios visitados. Repite estereotipos sobre el color local ajeno, adjetiva las costumbres de otros pueblos desde su propio punto de vista. Y en ese sentido, Mier y Pesado repite formas de escritura propias del género del viaje sin innovarlas o subvertirlas, pero sí las aprovecha. Ella se inserta en una tradición de cómo se narra la experiencia de viajar como una forma de enseñar a los demás lo que ha visto y lo que ha pensado mientras recorre diferentes países, ciudades, costumbres, etc.

Podríamos pensar que los relatos actuales que hacen los turistas, hechos de imágenes subidas a las redes sociales, son más originales que los relatos de Mier y Pesado. Sin embargo, si revisamos las redes o los hilos de historia de los actuales viajes de descanso, descubriremos que son muy parecidas, casi intercambiables, con las historias de algunas personas cercanas, o incluso, con algunas desconocidas y lejanas en el tiempo; que la originalidad no es tal. Los viajeros de distintas épocas se parecen en lo que aprecian, en lo que notan, en lo que comentan, formando así una especie de historia común. Los relatos analizados por Mohssine destacan cómo Mier y Pesado es parte de una tradición más amplia que se puede encontrar en otros escritores norteamericanos, europeos y mexicanos, de diferentes épocas.

El estudio preliminar nos advierte las constantes de estos relatos. Mencionamos solo algunas: la referencia constante a una pérdida, a un dolor, a una ausencia que se hace evidente en todo momento. Ya sea contemplando la puesta de sol, apreciando el momento de solaz, sintiendo la brisa como un respiro de un día caluroso, ante el más mínimo atisbo de placer, la narradora descubre un velo de su pesar personal. Isabel Pesado de Mier ve los escenarios de sus viajes desde su pesar, lo ve desde ahí, hay una doble tensión, ese pesar la hace más empática con

todo lo que ve y recrea, a la vez que la hace consciente de su propia condición de extranjera, de observadora de lo ajeno.

Los relatos revelan la noción del deber ser según la viajera, por ello identificamos juicios sobre las labores y deberes de las mujeres que observa en otras geografías, a quienes da ejemplo de cómo debe ser la mujer mexicana, a quien recomienda cuidar a sus hijos, ser madres, educarse para ser serviciales a la patria, al proyecto de sociedad que emana de un pensamiento profundamente católico.

Además, es posible apreciar en los relatos lo diferente con las gafas de percibir lo propio como deseable y natural. En el caso de Isabel, las virtudes son marcas del ser: la piedad, la caridad, la sobriedad son los ideales a partir de los cuales se compara todo lo que sale del pudor. Por ejemplo, al describir la muchedumbre de un restaurante, se fija en si las mujeres se comportan como deben, según ella, y juzga a las que se ríen demasiado o hablan demasiado alto. Es en estos juicios donde se revela su posición, a veces marginal, a veces mexicano-céntrica, como narradora. Cada relato del viaje, que recupera o recrea un momento, repite los sitios modificándolos para hacerlos más comprensibles a sus lectores. Los sonetos, los versos, las coplas se insertan como nosotros hoy utilizamos filtros para tomar fotografías en los sitios que visitamos. El estudio de Assia Mohssine nos descubre que podríamos hoy hablar de “el filtro literario” con el cual lo visto, lo oído, lo gustado, lo olido o lo tocado en un viaje, se embellece con algún adjetivo, un giro que lo mejora a nuestros sentidos. Y así, entendemos que el halago de los sentidos puede ser un modo de ir falsificando el relato de lo vivido hasta hacerlo corresponder con la noción preconcebida de lo real.

La experiencia del viaje en el caso de Pesado de Mier se complementa con la inserción de poemas escritos por Isabel, que en ocasiones funcionan como contrapunto emocional a sus impresiones, sentimientos y estado de ánimo. Destacamos “Horas tristes” (222) como representación del estado de ánimo de melancolía que se permea en las narraciones. Sus sonetos, descripciones en verso, poemas y canciones desarrollan temas en paralelo de los relatos. “Tiempo y eternidad” (538), el poema con el que cierra la compilación, abraza este amplio conjunto de escritura, en el que se le ha ido la vida y nos permite una reflexión sobre su deseo de trascendencia, de recuperar lo vivido para decantarlo en una alusión a la fuerza del amor maternal, conyugal, que a pesar de la desgracia—muerte o enfermedad—es más fuerte que la melancolía y el impulso de la escritura del viaje.

Las 625 páginas del libro de viajes de Isabel Pesado de Mier presentan una tensión constante entre ver y ser visto, entre reconstruir y dejar memoria de lo visto. Este conjunto de postales pintadas con imágenes retóricas, como símiles,

metáforas, encomios, preludios y epílogos, son todos episodios de una vida que termina en el viaje, pero que converge y se hace evidente por el mero hecho de haber sido recorrida. Es un tropo contemporáneo y justifica sobradamente sentarse a leer cómo Isabel, Antonio su marido, las hermanas, los familiares que les visitan en París, o los que la pareja visita y recibe. La lectura de los textos deja claro que escribir sobre algo es también un acto de autopresentación, pues en lo que se dice, en cómo se adjetiva lo que se ve, en con qué se compara, es posible ver cómo pensamos y sentimos.

Una valiosa aportación del estudio y presentación de la obra de Pesado de Mier es que nos permite enmarcar nuestra práctica actual de escritura. Una de las constantes más evidentes es el uso de las fórmulas de cortesía escritas y cómo en los textos aparecen también algunas convenciones sociales en las que se puede entrever el complejo, y a veces contradictorio, mundo social en el que se mueve la escritora. Destaca la naturalidad con la que da cuenta de sus apreciaciones: bellas damas, gente de bien, personas de baja condición, modales sorprendentes, risas estentóreas e inadmisibles o formas de ser que se explican por el clima. En el viaje en tren a Madrid, por ejemplo, un matrimonio que viaja con ellos en un compartimento para ocho personas ofrece la oportunidad de apreciar la creación de un 'otro'. El matrimonio va a Valladolid a ver a su hijo casado—este hijo sigue las normas sociales—y a otro hijo que vino de La Habana donde era ingeniero, pero al casarse con una habanera, se convierte en un raro. La habanera, extranjera, es imaginada por otra extranjera, la viajera mexicana, que tiene la oportunidad de refrendar el discurso de la extranjería de la pareja con respecto a su nuera. Sin conocerla, pero a partir de las noticias dadas por su hijo, la pareja dictamina que “las hijas de Cuba [...] son indolentes, sin duda a causa del excesivo calor” (113) con lo que la viajera mexicana está de acuerdo, mostrando su posición de poder central que se niega a ser considerada extranjera.

¿Qué visión del mundo proyectamos a los demás cuando les contamos un viaje, cuando subimos las miles de fotos de una salidita del terruño o cuando hemos pasado meses fuera del hogar? ¿Qué rasgos de nuestra incontestada condición de sujetos dependientes de normas y sentidos seguimos naturalizando? La exposición en el estudio preliminar nos prepara (y nos hace volver a él constantemente) para mirarnos en Isabel Pesado, para sentir como ella y con ella en algunos momentos el aguijón traicionero del dolor y la nostalgia, la melancolía romántica—como modo de los sentidos acusados por la necesidad de crear—o la pulsión moralizante de condenar lo que no comprendemos. Observemos que, como cualquier viajero culto, es decir, que reconoce que forma parte de una cultura que puede llamar suya,

asume conocimientos y signos de prestigio sin pensar demasiado en ellos. Isabel Pesado nos refiere su visita a Sevilla y repasa los mismos sitios que hoy notarían “los turistas”, como ella los llama sin asumir nunca que ella misma es eso, una persona en tour, en vuelta, por el espacio:

La célebre Giralda, orgullo de los sevillanos y de la que hablan todos los viajeros, siendo lo primero que nos hacen notar, es la torre de la catedral, edificada en parte por los moros y después concluida por los cristianos, que le agregaron dos cuerpos más. Tiene gran elevación y los turistas suben allí para gozar del pintoresco panorama, que presentan la ciudad y sus contornos. La subida es cómoda y se hace por medio de una rampa en espiral, bastante ancha, de veintiocho tramos [...] Pasamos un buen rato, pues vimos con nuestros anteojos hasta el interior de algunas casas y los letreros de almacenes [...] El patio de los Naranjos, donde los moros hacían sus abluciones antes de entrar a la mezquita, en una fuente de mármol amenazando ruina, fue acordado derribarla y en ese sitio se edificó este soberbio edificio tan admirado. Dice un escritor francés que Notre Dame de Paris se pasearía con la cabeza levantada bajo la nave del centro, sin tocar a ella (ciertamente es una altura prodigiosa) y agrega, que sus columnas sostienen el cielo: esta apreciación encanta a los sevillanos. (180)

Isabel sube, espía, ve, se asombra, se distancia, se separa, como nosotros que nos quejamos en medio del viaje de toda esa gente que vino al mismo sitio en donde estamos nosotros; ellos los turistas estás de más. Así son los relatos de viajes, son muestras vívidas de nuestra forma de sentir, de utilizar los cinco sentidos y otros, como el sentido del deber, de la moral, de la sociedad que nos impactan permanentemente en nuestras formas de estar en el mundo.

Por último, el estudio de Mohssine propone la lectura de las narraciones de viajes como un extenso corpus que se expande en el tiempo y en el espacio. Nos invita a repensar cómo contamos o ilustramos hoy nuestros viajes. Como Isabel, siempre viajamos acompañados de nuestras formas de habitar el mundo y con el deseo irremediable de que todos nos vean como parte de algo más grande y trascendente. Mohssine advierte que, a pesar de la estrategia del eufemismo, puesto que Pesado escribe desde una marcada sumisión a las convenciones patriarcales, la viajera escribió libremente, sin censurarse ni someterse a las coacciones del género, a diferencia de otras viajeras que sí escribieron e interpretaron el relato según las condiciones de edición y recepción. Como advierte Assia Mohssine, Isabel Pesado de Mier reveló su visión de un sujeto de época que, a pesar de las limitaciones impuestas por el género y la clase, se liberó ante el mundo que encontró y lo transformó en escritura.